



anchica lava la ropa.

anchica hace puntas de randas.

anchica atiende al gallinero o corral.

anchica acude también a la despensa y a la cocina.

Junto a estos rasgos positivos fuerza es señalar uno negativo del que ella no es culpable. Sanchica, por desgracia, no sabe leer. No va a la "miga", como la Marica del romance de don Luis de Góngora. El analfabetismo es mal, sin duda, de familia y evidentemente hereditario. Mal que albergan todos los Panza y que combaten, de modo instintivo, con la vacuna de los refranes, en los cuales concentran una especie de saber infuso. Sanchica no deja tampoco de decir los suyos, y en sus conversaciones da muestras de gracejo y discreción.

No nos dice Cervantes si Sancha era rubia o morena, detalles que guardó también ocultos en cuanto a Sanchico, como ya hemos registrado. Pero nosotros nos la imaginamos sonrosada, fresca y con el cabello castaño oscuro. Sanchica no era en ningún modo fea. En el capítulo LXVII, parte II, su padre afirma de modo explícito y contundente que "es de buen parecer". En ese capítulo surge para Sancho la posibilidad de la vida pastoril. Y el buen aldeano sueña, más que en los llantos amorosos de los pastores finos, en las migas, en las natas, en la comida; en una palabraa, que Sanchica le llevará el hato. Más bien pronto destierran la idea de su mente, porque sabe que "hay pastores más maliciosos que simples", que podrían abusar de la linda cordera. Esta, aunque de tiernos años, ya va pensando en el casorio. Haciendo puntas de randas se gana ocho maravedís al día, que guarda para su ajuar. Si Sancho sueña con tener gobierno, Sanchica sueña, allá en lo hondo de su corazón, con tener marido. Su madre le ayuda en ello e incluso le tiene ya destinado un galán: Lope Tocho. Cuando a punto de iniciarse la última salida del amo y escudero, Teresa y su cónyuge hablan con viveza pocas veces superada de la posible boda de su hija, el nombre de este rústico doncel sale a la liza de la discusión, perfumándola de un aire sencillo y pueblerino. Con evidente anticipo, en prematuro tiempo -como tantos otros padres de la vida real-, se enfrentan con esta cuestión Sancho y Teresa. Pero lo que ignoramos es si gustaba a Sanchica el elegido por su madre, si ese muchacho de Argamasilla había pasado por su mente. Si así ocurrió, al menos Sanchica lo mantuvo secreto y hubo un instante que, de existir tal inclinación, la presencia inesperada de otro adolescente le hizo vacilar. Eterna fémina, se sintió sin duda atraída por la poesía de lo desconocido, que esto representaba para ella el paje de los duques. Porque mucho interés puso Sanchica en irse con el paje cuando éste regresaba. Y dudamos que sólo fuese por abrazar a su progenitor y conocer a la duquesa.

¡Cómo sobresalta a Sanchica el arribo del paje! Cuando éste llegó lavaba ella con otras mozuelas y mujeres en un arroyo de las afueras de la ciudad. ¡Qué simpatía emana entonces la figura de Sanchica! Al oír preguntar por su madre, Sanchica se levantó y dejó la ropa a otra muchacha. Desgreñada y "en piernas" -en su belleza sin retoques-, guió al forastero hasta el pueblo, mientras conversaba con él. Dice Cervantes que Sanchica saltaba, corría, brincaba, de puro contento. Como una gacela avanzó hacia su casa y dijo a voces desde la puerta: "Salga, madre Teresa; salga, salga, que viene aquí un señor que trae cartas y otras cosas de mi buen padre..." Después